



Traición Apostólica

Esta columna es una versión editada de una homilía dada en San Francisco de Asís en Bend el 23 de Sept.

En la segunda lectura, Santiago llega al corazón del escándalo mundial en la Iglesia Católica: “Donde hay envidias y ambición egoísta, ahí hay desorden y toda clase de obras malas”.

Con la “mala obra” de abuso sexual por parte de los sacerdotes, nos hemos vuelto muy tristemente familiarizados en los últimos veinte años. Pero las revelaciones impactantes de este verano trajeron a la luz un escándalo diferente y mucho más inquietante: “ambición egoísta” entre *obispos* se ha extendido el “desorden” de complicidad en encubrimiento hasta los más altos rangos de la Iglesia—al nivel apostólico, es decir, porque los sucesores de los Apóstoles han sido agentes de corrupción.

En el Evangelio de hoy, la pregunta de Jesús a los Doce nos ayuda a ver que la Iglesia que Él fundó ha sido vulnerable a la ambición Apostólica desquiciada desde el principio. “¿De qué discutían por el camino?” les preguntó Él. Podrían haber estado peleando sobre unas palabras que “no entendieron” pero “tenían miedo de pedir explicaciones”: “El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los

hombres; le darán muerte, y tres días después de muerto, resucitará”. Hay mucho que discutir en esa declaración sobre Su futuro—y el de ellos.

Pero no: la muerte y la resurrección no los habían molestado en el camino. “Habían discutido . . . sobre quién de ellos era el más grande”. Y no por última vez. En la mesa con Jesús la noche antes de que Él muriera, San Lucas reporta, “Surgió una discusión entre ellos, cuál de ellos debía ser considerado como el más grande”.

Este retrato del Evangelio sobre la persistente ambición Apostólica deja a los Cristianos sin lugar para la ingenuidad: “ambición egoísta” por parte de los líderes de la Iglesia es un componente inextirpable de la participación de cada generación en la herencia Apostólica.

La ambición parece haber tirado de todos los Apóstoles; la traición era peculiar de uno de ellos. Los otros Apóstoles, más notablemente Pedro, huyeron a la noche cuando Jesús fue capturado; ellos lo *abandonaron*. Solo Judas lo *traicionó*. Solo Judas activamente conspiró con los sacerdotes para entregar a Jesús a los romanos; deliberadamente lo entregó a la voluntad de Sus enemigos.

Judas nunca ha sido olvidado. Con los Evangelios heredamos el amargo recuerdo de la Iglesia de su traición Apostólica. Y debemos recurrir a él ahora para sobrepasar nuestra consternación de que lo

inimaginable se ha vuelto innegable: los cardenales y los obispos abusaron y encubrieron y avanzaron en sus carreras en la Iglesia. Traicionaron a sus víctimas inocentes. Traicionaron el sacerdocio. Traicionaron a la Misa. ¿Acaso nadie sabía lo que estaban haciendo?

Sí sabía Nuestro Señor. Nos dice San Juan que “Jesús supo desde el principio . . . quién sería el que lo traicionaría”. Esto Él lo dejó claro mucho antes de la Última Cena: “¿No los elegí a ustedes, los Doce, y uno de ustedes es un demonio?” Él se estaba refiriendo a Judas, “porque él, uno de los Doce, iba a traicionarlo”.

Conociendo la duplicidad de Judas todo el tiempo, ¿por qué nuestro Señor no evitó su inminente traición? ¿Por qué no expuso y expulsó a su traidor? Porque al hacerlo nos engañaría fatalmente. Expulsando a Judas para salvarse a Él nos hubiera enseñado que la traición es el pecado más allá del alcance de la Divina Misericordia, el pecado demasiado profundo para que el Pescador de Hombres lo atrape en Su red de perdón, el pecado demasiado fuerte para que el amor rompa su dominio sobre el corazón del pecador. En cambio, porque Él “vino para salvar a los pecadores”, Jesús siguió la voluntad de Su Padre y murió por traición para vencerla para siempre con el amor de la Resurrección que cambia la vida.

Judas, el traidor, no vivió para presenciar la oscura derrota en la Cruz que su traición produjo, ni la luz de la victoria que hizo

brillar la fidelidad del Padre desde la tumba vacía. En marcado contraste, Pedro, el negador, lloró amargas lágrimas de arrepentimiento el Viernes Santo y escuchó a Su Redentor resucitado decirle que alimentara a Sus ovejas el Domingo de Pascua.

Jesús sabía al entrar en Su Pasión que la traición Apostólica le costaría todo—y Él continuo, hasta el final. Bebió la copa de la traición a los escombros para ti y para mí, y para todos aquellos que vendrán después de nosotros si les entregamos lo que nos fue entregado.